

Pero ¿cuántos hablan español en Filipinas?

*Rafael Rodríguez-Ponga**

Manuel Alvar –Don Manuel– nos enseñó el amor por el estudio de la lengua en su diversidad geográfica e histórica. En su inmensa labor docente e investigadora, supo no sólo transmitirnos su pasión por las palabras, sino también su voluntad por ensanchar nuestro conocimiento sobre el español en los lugares más remotos del planeta. Algunos –siguiendo sus periplos por España y América– nos fuimos hasta las Marianas¹ y Filipinas. Sobre estas últimas, nos hablaba de la «responsabilidad de salvar la propia lengua»².

En España, es frecuente oír un lamento romántico sobre Filipinas, referido a la lengua, como indicando que a través de ésta hay un amor que va quedando en el olvido. Muchas veces he oído decir, con tono contrariado: «Pero ya no hablan español...». Incluso hace años, me atreví a preguntarle al Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, si el Gobierno iba a emprender alguna acción cultural y me dio una respuesta tajante: «Se ha perdido el español y no hay nada que hacer». Pero Alvar nos da un consejo práctico: «No hagamos demasiado sentimentalismo del problema y atengámonos a unos hechos». Por eso me pregunto, pero ¿cuántos hablan español en Filipinas?

En realidad, sigue habiendo miles de hablantes, pero hay que tener presente que nunca se habló como la lengua materna de un porcentaje elevado de personas. En 1898, podemos calcular que como mucho, el 15 ó 20% de la población sabría hablar español. Unos años antes, el porcentaje sería mucho más pequeño; en 1870 podría ser en torno al 2,5 ó 3%. La cifra no sería mayor en Guatemala, Bolivia o Paraguay, pero un siglo después son países hispánicos en los que conviven las lenguas precolombinas con el español.

* Doctor en Filología por la Universidad Complutense.

¹ Don Manuel dirigió mi Memoria de Licenciatura sobre las palabras de origen español en la lengua de las islas Marianas, el chamorro. Nos prestó –a Paloma Albalá y a mí– una gran ayuda para preparar nuestro viaje a Filipinas y Marianas en 1985, con ayudas del Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Comisión del V Centenario y la Fundación Juan March.

² Manuel Alvar, Por los caminos de nuestra lengua, Alcalá de Henares, Univerisdad de Alcalá, 1995, p. 206.

El gran historiador y humanista filipino Antonio M. Molina nos aclara la situación:

«Recordemos que el idioma español no fue nunca vehículo de expresión de la mayoría de nuestro pueblo. Siempre fue el patrimonio exclusivo de una minoría [...], lo que nos ahorraría el rasgarnos las vestiduras innecesariamente y nos aliviaríamos de todo escándalo. A fin de cuentas, esa minoría pervive en nuestros días»³.

Las causas para que el español no arraigara en Filipinas son múltiples: la principal es la falta de población hispanohablante llegada desde España o Hispanoamérica, salvo en Manila, Cebú o Zamboanga. Faltó en general en el país un grupo de lengua materna significativo que arraigara y que permaneciera en el tiempo y en el espacio. En todo caso, el español era la lengua oficial de la Administración, de la cultura y de la Universidad⁴.

El español era también una lengua de uso religioso, pero ciertamente no era *la* lengua de la Iglesia: se ha achacado en algunas ocasiones a los misioneros el deseo de que los filipinos no aprendieran español. Son ganas de culpar siempre a los mismos. Todos conocemos la voluntad de los misioneros de predicar a los infieles en sus propias lenguas. Con ello no hacen más que seguir lo que dice San Pablo (I *Corintios*, 14,9): «Si con el don de lenguas no proferís un discurso inteligible, ¿cómo se sabrá lo que decís? Seríais como quien habla al aire».

El principio del discurso inteligible lo aplicaron en América, Asia, Oceanía. A los misioneros debemos una inmensa producción lingüística⁵: gramáticas, diccionarios, catecismos bilingües, que nos muestran cómo eran las lenguas en el momento de la llegada de los españoles. La primera gramática de tagalo se debe a fray Francisco de Blancas de San José, de 1610⁶.

Si los misioneros no predicaban en español, sino en las lenguas filipinas (tagalo, ilocano, cebuano, ilongo, bicolano...) no hacían más que repetir la experiencia de América, donde enseñaron en las lenguas indígenas, aunque aquí sí acabaron creándose sociedades hispanizadas, y allí no. Tal vez hubiera un problema de jerarquía de objetivos: la Corona española estaba

³ Antonio M. Molina, «Presencia española en Filipinas», en *Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia, Manila, Asociación Asiática de Hispanistas, 1989, p. 75.*

⁴ *Sobre el español en Filipinas en general, vid. Antonio Quilis, La lengua española en cuatro mundos, Madrid, Mapfre, 1992.*

⁵ *En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se está llevando a cabo, a cargo de la doctora Paloma Albalá, la recopilación y estudio de la labor lingüística de los españoles en Asia y Oceanía.*

⁶ *Hay una reciente edición facsímil: Fray Francisco de San José, Arte y Reglas de la Lengua Tagala, estudio y edición de Antonio Quilis, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica (Agencia Española de Cooperación Internacional), 1997.*

en Filipinas para cristianizar, más que para hispanizar. Esto actualmente a muchos les puede parecer un poco extraño, pero es la realidad. Felipe II decidió continuar con la presencia en Filipinas por razones religiosas, frente a los informes que le decían que la empresa resultaba demasiado costosa.

Y si las Filipinas fueron españolas se debió, en gran parte, a una decisión propia. Ante la crítica de que la presencia española se estaba llevando a cabo sin el consentimiento de la población, en 1598 se hizo un *referendum*. Fueron preguntados –en sus respectivas lenguas– los caciques, jefes o cabezas de familia. La mayoría contestó que querían ser españoles; otros pusieron reservas o condiciones sobre los impuestos o sobre el cambio de tal o cual funcionario⁷. Los filipinos quisieron ser españoles, pero no significaba que quisieran hablar español. La idea de que la política y la lengua van juntas se ve alterada en muchas ocasiones y Filipinas es un caso evidente: 300 años de presencia política no sirvieron para extender una lengua. Tal vez aprendieran algo de español, sí, pero nunca dejaron sus lenguas.

Como hemos dicho, los misioneros no iban a hispanizar, sino a evangelizar, que es lo suyo, y con gran éxito. Es cierto que, directa o indirectamente, podrían contribuir en gran manera al conocimiento mutuo de los idiomas español y filipinos. Y, sin duda, han sido un importante elemento de hispanización.

En Manila, la capital del archipiélago, el español sí llegó a estar más o menos generalizado, hasta el punto de que se ha calculado en torno al 50% la proporción de personas que sabrían español a finales del siglo XIX⁸. Había, ciertamente, distintos grados de dominio de la lengua, de bilingüismo, de cambio de código, de interferencias. Unos –españoles o filipinos– dominaban el español, mientras que otros lo mezclaban, lo hablaban a medias, en el llamado *español de tienda*, *español de mercado*, *español de parián*, *español de cocina*, y el *chabacano*.

Cuando el académico filipino Guillermo Gómez Rivera defiende que el 60 ó 70% tenía el español como segunda lengua, creo que debe de referirse más bien a Manila y a otras grandes ciudades; y que incluye esas variedades y grados de conocimiento de español.

⁷ Antonio M. Molina, *Historia de Filipinas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984, pp. 98-99.

⁸ Pilar Louapre, «El idioma español en las islas Filipinas en el pasado y en el presente», en *Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia*, Manila, Asociación Asiática de Hispanistas, p. 284.

Los españoles (funcionarios civiles y militares, comerciantes, religiosos), las familias mestizas, los tagalos de cierto nivel –que eran muchos– tenían el español como su lengua habitual. En Intramuros –el barrio antiguo amurallado de Manila– el español era la lengua corriente hasta la segunda guerra mundial. Y muy cerca, en el barrio de Ermita, se hablaba una variedad española criolla, popular, llamada *chabacano*.

«Filipinas fue configurando su propio ser nacional» en español, escribió Alvar. La Independencia se hizo en español. La Declaración de Cavite y la Constitución fueron redactadas en español. Sin embargo, el fusilamiento del héroe nacional filipino José Rizal (gran escritor en español) y, sobre todo, la invasión estadounidense (que acabó por las armas con los sueños de independencia) y su decidida política lingüística, fueron elementos claves en la visión negativa de lo español.

En la primera mitad del siglo XX, ya bajo control estadounidense, el predominio del español como lengua de cultura era claro. Pero Estados Unidos ya tenía la idea moderna de política lingüística: el poder no puede conformarse con que aprenda su lengua el que quiera: hay que imponerla. Y así lo hicieron. Extendieron la enseñanza del inglés y postergaron el español con todas sus fuerzas, hasta el punto de que se ha hablado de persecución.

Curiosamente esos fueron años de gran presencia cultural, hubo un florecimiento de la literatura en español, una Edad de Oro paralela a nuestra Edad de Plata. La prensa en español vendía miles de ejemplares.

Hasta la segunda guerra mundial, el español era la lengua culta de Manila. Pero los dos barrios antes citados (Intramuros y Ermita) fueron destrozados. La conquista de las islas por Japón y la posterior reconquista por parte de Estados Unidos hicieron desaparecer del mapa lo más hispánico de la ciudad. Estados Unidos emprendió la acción deliberada de atacar precisamente lo que más recordara a España. Intramuros quedó devastada y hoy –más de cincuenta años después– renace entre chabolas y ruinas para convertirse en un foco de turismo cultural de Extremo Oriente: la ciudad más europea de Asia. El barrio de Ermita quedó totalmente aniquilado: hoy es un conjunto de edificios modernos, con hoteles, oficinas, apartamentos y tiendas. Pero ¿sólo se destrozaron los edificios? Gómez Rivera habla claramente de genocidio: los hispanohablantes murieron a millares.

Después de la guerra, el inglés se impuso como lengua de la potencia triunfadora, pues Estados Unidos había ganado ya tres guerras (en 1898 contra España, en 1902 contra los independentistas filipinos y en 1945 contra Japón). Y a España se la asoció políticamente con los países perdedores. El retroceso político, social y demográfico del español estaba claro. Hubo, realmente, un cambio generalizado de actitudes lingüísticas.